



Pinjar
El esqueleto y otras
historias

Amrita Pritam

© 2018 Amrita Pritam

Título original: Pinjar. The Skeleton and Other Stories

Todos los derechos conforme a la ley

Características tipográficas y diseño editorial

© Distinta Tinta Ediciones

Diseño de portada e ilustración

Diseño de interiores

Beatriz Rubio Fernández

Primera edición

ISBN: 978-84-948933-0-8

Depósito legal: M-19739-2018

contacto@distintatintaediciones.com

www.DistintaTinta.com

Editado e impreso en España

*Distinta*Tinta

Pinjar

El esqueleto y otras historias

Amrita Pritam

Traducido y adaptado del panyabí por
Khushwant Singh
Traducido del inglés por
Beatriz Rubio Fernández



Amrita Pritam

(1919 Gujranwala, India Británica, ahora Panyab, Pakistán - 2005 Delhi, India) es considerada la primera mujer poeta, novelista y ensayista panyabí, igualmente amada en ambos lados de la frontera entre India y Pakistán.

Nació como Amrita Kaur en Gujranwala, hija de un maestro de escuela y poeta ortodoxo sij. Su madre murió cuando ella tenía solo once años; la soledad resultante hizo que Amrita, guapa y menuda, permaneciera recluida y buscara consuelo en la poesía, publicando su primera antología en 1935 a la edad de dieciséis años en Lahore, la capital cultural y política de Panyab y la ciudad donde vivió hasta la partición.

Ese mismo año, desesperadamente en busca de ayuda emocional y estabilidad, se casó con Pritam Singh, un periodista sij que era mucho mayor que ella. Pero fue una unión infeliz y altamente turbulenta que terminó en divorcio en 1960, dando un fuerte sabor feminista a las obras posteriores de Pritam.

A partir de entonces se asoció con Imroz, una artista con sede en Delhi, donde vivió desde la Independencia, y su relación continuó más de cuatro décadas. En uno de sus poemas recientes, escrito ya enferma y sabiendo que su fin era inminente, consoló a Imroz al declarar que se encontrarían nuevamente.

Después de la Independencia, Amrita Pritam —siguió usando su nombre de casada a lo largo de su vida— se unió a la radio estatal *All India Radio* y trabajó allí durante catorce años hasta 1961, cuando lo dejó para dedicarse por completo a la escritura. Su autobiografía *Rasidi Ticket* ("The Revenue Stamp") en 1976 trajo controversia por su candidez, al igual que el volumen de poesía *Kagaz te Kanvas* ("Papel y lienzo") cuatro años más tarde.

A pesar de haber emigrado de Lahore a la India tras la Independencia, siguió siendo igualmente popular en Pakistán durante toda su vida, en comparación con sus contemporáneos como Mohan Singh y Shiv Kumar Batalvi.

En una carrera literaria que abarca siete décadas, Pritam escribió veinticuatro novelas, quince antologías de cuentos cortos y veintitrés volúmenes de poesía, enriqueciendo en gran medida el idioma panyabí. Ella fue la primera mujer en recibir el

prestigioso premio Sahitya Akademi, por *Sunehray* ("Golden"), su antología de versos de Panyab en 1955.

Pritam también fue la primera mujer panyabí en ser galardonada con el Padma Shri, uno de los premios civiles más altos de la India, en 1969 y el Premio Jnanpith, el honor literario más alto del país, trece años después. "Acabo de regresar lo que absorbí al leer la gran poesía de los grandes poetas sufíes y bhakti de mi tierra", respondió Pritam modestamente.

Amrita Pritam se mantiene ante todo como una escritora cara a cara con la experiencia y la creatividad de su vida. Ella transmite precisamente esta comprensión en un poema sobre sí misma:

Hubo un dolor
lo inhalé
silenciosamente
como un cigarrillo
hay algunas canciones
me he desconectado
como cenizas
del cigarrillo

Era conocida por su capacidad para retratar la esencia de su gente fuerte, sus vidas turbulentas y, sobre todo, sus emociones profundamente arraigadas. En prosa y versos simples pero delicados y creativos, expresó la intensidad de la división de la India por parte de la administración colonial en 1947, cuando millones fueron desarraigados, con derramamiento de sangre y tragedia a ambos lados de la nueva frontera.

Los conmovedores poemas de Pritam también dieron a conocer la difícil situación de las mujeres punyabíes, que habían tejido su sufrimiento en un ambiente conservador en canciones populares, cantado suavemente tras voluminosos velos y en la intimidad de las cocinas a las que estaban condenadas perpetuamente.

Pritam estaba constantemente en busca de la libertad y vivió la vida en sus propios términos. Ella también tenía los pies en la tierra y poseía un sentido del humor irónico y autocrítico que la ayudó a restañar las tragedias personales.

En la novela *El esqueleto* (1950), Pritam describe la trage-

dia política y humana que subsistió al Panyab en los meses de disturbios sectarios que precedieron a la división del subcontinente en un Pakistán musulmán y una India ampliamente laica, pero predominantemente hindú. Pritam se centró en las vidas de mujeres jóvenes musulmanas, sij e hindúes que se convirtieron en víctimas de secuestro, violación y otras miserias indecibles durante la furia del caos y los asesinatos sin sentido, relato que se convirtió en una película exitosa en 2003 dirigida por Chandra Prakash Dwivedi y protagonizada por Urmila Matondkar.

Ese hombre, el otro relato incluido en este libro, es un relato convincente de un joven nacido en circunstancias extrañas y abandonado y dedicado en el altar de un templo.

Ambos relatos están escritos en panyabí como la mayoría de sus obras y se ha traducido al inglés y de ahí a esta versión en español. Se han mantenido algunas palabras del original que se pueden consultar en el glosario al final del libro.

Su poema *Aj aakhan Waris Shah nun* escrito durante un viaje en tren y convertido en el recordatorio más conmovedor de los horrores de la división, se dirige al poeta sufi Waris Shah autor de historia de amor trágico de Heer y Ranjah, y es la mejor introducción a las historias que se recogen en este libro:

*Aj aakhan Waris Shah nun,
kiton kabraan vichchon bol,
Te aj kitab-e-ishq daa
koi agla varka phol
Ik roi si dhi Punjab di,
tun likh likh maare vaen,
Aj lakhaan dhian rondian,
tainun Waris Shah nun kaehn
Uth dardmandaan dia dardia,
uth takk apna Punjab
Aj bele lashaan bichhiaan
te lahu di bhari Chenab*

Hoy, llamo a Waris Shah,
"habla desde tu tumba"
Y hoy pasa
la próxima página cariñosa
del libro del amor
una vez, una hija de Punjab lloró
y escribiste una saga de lamen-
tos
Hoy, un millón de hijas te llora
¡Waris Shah levántate!
O narrador del duelo: ¡sube!
mira tu Punjab de hoy,
los campos están llenos de
cadáveres,
y la sangre llena el Chenab.



Pinjar

El esqueleto

El cielo era gris descolorido. Puro se sentó con un saco abierto entre sus pies. Estaba desgranando guisantes. Apretaba la vaina y sacaba los guisantes con el dedo. Una pequeña y pegajosa babosa se pegó en su pulgar. Sintió como si hubiera metido el pie en una cloaca; apretó los dientes, se sacudió la babosa y frotó sus manos contra las rodillas.

Puro miró los tres montones que tenía delante; los cestos vacíos, las vainas y los guisantes que había sacado. Puso la mano sobre su corazón y continuó con la mirada vacía. Sentía que su cuerpo era una vaina de guisantes en la que llevaba una oruga blanca y pringosa. Su cuerpo no estaba limpio. ¡Si pudiera sacarse el gusano de su interior y lanzarlo lejos! ¡Sácarselo con las uñas como si fuera una espina! ¡Extraerlo como si fuera una larva o una sanguijuela...!

Puro miró fijamente el muro vacío frente a ella. Los recuerdos de días pasados llegaron amontonándose en su mente.

Puro pertenecía a una familia de prestamistas en el pueblo de Chatto. Aunque habían dejado de prestar dinero varias generaciones atrás, aún eran conocidos como Sahukar. Habían pasado por malas épocas y una vez tuvieron que vender los utensilios de la cocina que habían tenido grabados los nombres de sus ancestros. El padre y el tío de Puro no pudieron aguantar más la deshonra. Dejaron el pueblo y se fueron a Tailandia. Allí, la rueda de la fortuna giró a su favor. Entonces Puro tenía nueve años. Detrás de ella, estaba un bebé en los brazos de su madre. Entoces su padre volvió, pagó la hipoteca de la casa (el capital y los intereses compuestos eran mayores que el precio de una casa nueva), salvó su casa familiar del embargo por los acreedores y así borró la deshonra. Vendió el grano y pienso que había cultivado en su tierra y volvió a Tailandia. Pero esta vez dejó detrás una casa que la familia podía considerar propia y un nombre del que sentirse orgulloso. Cuando volvió al pueblo de nuevo, Puro tenía catorce años. También estaban su hermano pequeño y tres hermanas más pequeñas. La madre de Puro estaba esperando su sexto hijo.

La primera cosa que los padres de Puro hicieron a la vuelta a Chatto fue buscar un joven —el hijo de una familia pudiente en el vecino pueblo de Rattoval— para casarse con su hija. La

madre de Puro esperaba el nacimiento de su propio bebé. En cuanto hubo tomado su baño ritual, planeó preparar la boda de su hija. Los padres de Puro estaban decididos a aligerarse del peso de una hija.

El prometido de Puro era tan guapo como inteligente. Sus padres eran propietarios de la única casa del pueblo que tenía un ático de ladrillos, con la palabra Om inscrita en la terraza. También poseían tres búfalos. El padre de Puro se presentó a los padres del chico con cinco rupias de plata y un cristal de azúcar y así le “reservó” para su hija. En aquellos días era costumbre entre los hindues de la región hacer intercambios matrimoniales, así que a pesar de que el hermano de Puro apenas tenía doce años, fue prometido a la hermana del prometido, que era una niña pequeña.

La madre de Puro había tenido tres hijas una detrás de otra con solo dos años entre ellas. Había tenido suficientes hijas, y ahora que la fortuna les sonreía de nuevo y tenían suficiente para comer y vestir, deseó que su siguiente hijo fuera un niño de nuevo. Ofreció plegarias a la Madre Sagrada. Las mujeres del pueblo llevaron estiercol de vaca e hicieron un ídolo en su patio. Cubrieron la cabeza del ídolo con un llamativo velo rojo rematado con oro, y le pusieron un pequeño pendiente de oro en su nariz. Todas ellas cantaron a coro.

¡Madre Sagrada, seas enojada cuando llegues!

¡Madre Sagrada, sé feliz cuando te vayas!

La gente del pueblo creía que era la Madre Sagrada quien determinaba el sexo de los bebés. Si ella era feliz y rodeada de risas se entendía que estaba en buenos términos con su marido. En este caso hará rápidamente una niña y volverá pronto con su esposo. Por el contrario, si se sentía taciturna, se suponía que había discutido con su marido y que no tenía prisa por volver con él. Se quedaría más tiempo y pacientemente convertiría el bebé en un niño. Las mujeres repitieron su canto:

¡Madre Sagrada, seas enojada cuando llegues!

¡Madre Sagrada, se feliz cuando te vayas!

La Madre Sagrada aparentemente estaba cerca y escuchó el canto de las mujeres. Quince días más tarde la madre de Puro daba a luz a un niño. Esto trajo mucha felicidad. Incluso fami-

liares lejanos recibieron las felicitaciones de sus amigos y vecinos. Todo lo que preocupaba ahora a la madre de Puro era que el niño fuera un trikhhal, porque había nacido después de tres niñas y podía tener mala estrella; estos niños podían morir pronto o acortar las vidas de sus hermanos o padres. Por lo que las mujeres tuvieron que reunirse de nuevo para apaciguar a la Madre Sagrada. Hicieron un agujero en una gran lámina de metal y por ahí pasaron al bebé dos veces y cantaron:

Aquí llega una legión de trikhals

¡Una legión de trikhals!

Después de estos rituales, la madre se sintió más tranquila con que su hijo, aunque un trikhhal, viviría.

Puro ahora tenía quince años. Sintió un extraño aumento de sangre en sus extremidades. Sus pechos florecieron, su kameez se volvió muy estrecho. Se compró percal de colores en un mercado cercano y se hizo unos nuevos. También consiguió un par nuevo de dupattas a juego. Estaban densamente adornadas con mica plateada.

Las amigas de Puro le mostraron a su prometido, Ramchand; los rasgos del chico se quedaron grabados en la mente de Puro. Cada vez que recordaba su cara, un profundo rubor subía a sus mejillas.

Puro no tenía permitido salir de casa sola. Mucha gente iba y venía entre los dos pueblos vecinos y su madre temía que la gente del pueblo de Ramchand pudiera ver a su hija. Había otra razón para ser cautelosa: los musulmanes se habían vuelto muy agresivos. Las niñas hindúes nunca se aventuraban fuera excepto a plena luz del día.

Puro a menudo cruzaba los cultivos de su padre y se desviaba por el camino que conectaba los dos pueblos. Deambulaba por los terrenos vecinos, con el pretexto de recoger espinacas. Algunas veces iba hasta el árbol jamun, agitaba sus ramas y dedicaba un buen rato a recolectar la fruta. Mantenía a sus amigos cotilleando mientras ella observaba el camino que llevaba al pueblo de Ramchand. Rezaba para que Ramchand pudiera venir por allí, así tendría oportunidad de verle bien. Este pensamiento aceleraba su corazón. Y luego pasaba la noche pensando en el joven que pronto iba a convertirse en su marido.

.....

Un día cuando Puro salió con sus amigas, llevaba unas nuevas zapatillas que rozaban sus talones. Los pies le dolían, empezó a rezagarse. Sus amigas volvieron al pueblo. El crepúsculo oscurecía el cielo como un montón de plomo derretido. El camino corría en zig-zag a través de tierras en barbecho, bajo arboledas de árboles peepul y bordeaba un grupo de arbustos. Puro vio a sus amigas muy lejos de ella. Una herida grande había crecido en su talón derecho. Se quitó las zapatillas y se apresuró descalza.

Las chicas habían bromeado con Puro diciéndola que su pie derecho dolía porque su lado derecho era más pesado que el izquierdo. Le dijeron que su mano derecha también era más grande que la izquierda. “Ya verás cuando te pongan las pulseras de boda en tus brazos”, le dijeron traviesamente. Estaba viendo que ocurría delante de sus ojos; las chicas forzaron en sus brazos pulseras rojas de marfil; las mayores salieron fácilmente; las más pequeñas subieron por su brazo izquierdo pero no pudieron entrar por la mano derecha. El barbero, ese era uno de sus trabajos, podría engrasar su mano con aceite y tratar de forzar su mano a través de la pulsera de marfil. ¿Podría soportar el esfuerzo? La pulsera era el símbolo de la dicha marital. Si una se rompía, era una señal segura de que un desastre iba a llegar —tal vez una joven viudez. Puro miró enfadada su mano derecha. Rezó para que Ramchand viviera muchos años —hasta cien mil años o más.

Puro andaba perdida en sus pensamientos. Un hombre apareció desde detrás de un árbol peepul y se quedó en medio del camino, bloqueando su paso. Era un chico musulman, Rashid. Era un joven de cuerpo fuerte de apenas veinte años. Sus labios estaban curvados en una sonrisa malvada. Sus ojos se clavaron en los pechos aún sin formar de Puro.

Puro gritó y corrió pasando a Rashid. Cuando alcanzó a sus amigas a las afueras del pueblo estaba sin aliento y aterrorizada.

—¿Era un chico o un tigre? —bromearon las chicas. Puro estaba muy distraída para responder— ¡Eres tontita! —dijo una de ellas—. ¡Has tenido suerte de que no fuera un oso! Un tigre devora a sus víctimas. Dicen que los osos se llevan a la mujer a

su cueva y se comporta con ella como si fuera su mujer.

Las chicas explotaron de risa.

Puro se estremeció con la idea. ¡La desafortunada desdichada que tenía que mentir con un oso! Cuanto más pensaba en ello, más pálida estaba. Había visto la forma poderosa y peluda de Rashid y sus ojos brillantes. Escuchó las risas de sus amigas desapareciendo calle adelante.

Dos días después Puro salió a los campos de cultivo para recoger vainas de rábanos. Arrancó un puñado y fue a un pozo vecino. Lavó las vainas y se llevó a la boca una bien tierna. Escuchó un ruido y miró hacia arriba. Rashid estaba apoyado en el tronco de un árbol mirándola. Puro sintió que la sangre se retiraba de sus piernas.

—¿Por qué tienes miedo, guapa? Soy tu esclavo —Rashid tenía de nuevo la misma sonrisa malvada.

Rashid parecía un enorme oso pardo. ¿Estiraría sus brazos y con sus grandes garras la atraería en un abrazo? ¿Acariciaría su cuello con las afiladas uñas? ¿Se la llevaría a su cueva y...?

Dos campesinos pasaron por el camino. Esto no echó para atrás a Rashid. Se quedó donde estaba con una sonrisa lasciva en su cara. Puro huyó a su casa.

Puro no le contó a sus padres nada sobre estos encuentros. Sus amigas le recomendaron que no era la clase de cosas que una le cuenta a su padre o a su madre. Le dijeron que todos los hombres miraban a las mujeres jóvenes y se describen a sí mismos como sus sirvientes o esclavos; una no debía tomar muy en serio esta clase de sinsentidos. ¡Deja que los hombres hablen! ¿La gente deja de caminar por las carreteras por miedo a los perros que les ladran?

El día de la boda de Puro se iba acercando. Su padre hacía acopio de latas de ghee y costales de harina para alimentar a sus invitados. Su madre había llenado un cofre de madera con dupattas bordadas y vestidos de seda pura que había traído de Tailandia. Las puntas de sus dedos dolían de arrugar las dupattas. Fuera de la casa todo brillaba con los utensilios de latón que se iban a regalar como dote. Puro había juntado pequeñas piezas de bordados para hacerse su colcha. Había hecho cestas de mimbre y moorhas con sus propias manos.



Una tarde mientras su madre estaba dando el pecho a su bebé, Puro decidió cocinar espinacas. Eligió las hojas tiernas de sarson, las cortó en pedazos pequeñitos y las lavó dos veces. Fregó una sartén con una lufa y puso las espinacas en ella. Añadió unos garbanzos hasta el borde de la sartén y lo puso todo a hervir con fuego suave. Empujó unos haces de leña en el fuego bajo la sartén.

Puro era la mano derecha de su madre; podía cocinar y cuidar la casa sin mucho esfuerzo. La madre de Puro había visto a su hija ocupada con la cocina. Un profundo suspiro escapó de los labios de madre. Pronto iba a perderla; entonces su casa volvería a estar completamente vacía. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Empezó a cantar un lamento de hija:

O Madre mía, estréchame en tu pecho
y responde solo a una pregunta
no me cuentes un cuento largo
cuéntame ¿por qué me pariste
si esta noche nos tenemos que separar?

Su voz se sofocó por la emoción y comenzó a sollozar. Controló sus sollozos y volvió a comenzar con voz quebrada:

Tengo mi rueca,
tengo mis pacas de algodón,
hilaré sábanas con cuadrados
a los hijos les dan casas y palacios;
las hijas son exiliadas a tierras extranjeras.

Puro corrió hasta su madre y la abrazó por las rodillas. Madre e hija se echaron a llorar.

Las sombras de la tarde comenzaron a alargarse en el patio. La madre de Puro se dio cuenta de que solo habían cocinado un vegetal y que sería embarazoso si alguien de la familia del prometido de su hija aparecía para cenar. Le pidió a Puro que fuera a los campos de cultivo a por un manojo de okra.

Puro tenía un pensamiento intranquilo. Se llevó a una de sus hermanas con ella. Agarró la okra y las vainas de rábano y las dos se pusieron camino a casa. Detrás de ella le llegó el sonido de cascos de caballo a todo galope. Antes de que se pudiera

apartar del camino sintió que algo le golpeaba violentamente el hombro derecho. Se tambaleó bajo el golpe; sintió un brazo humano enrosándose a su cintura la levantó en el aire. Se encontró tumbada en la montura del caballo.

Los chillidos de Puro se apagaron en la distancia a medida que el caballo y su jinete volaban a través de los campos del pueblo de Chatto.

Puro no sabía de dónde había venido el caballo, ni quién lo montaba; no sabía cómo de lejos la habían llevado. Había perdido la consciencia, y cuando recuperó los sentidos se encontró en un charpoy de una habitación con la puerta cerrada. Se golpeó la cabeza contra los muros y aporreó con las manos hasta que cayó, exhausta. Sintió que alguien frotaba ghee caliente en su cuero cabelludo. Por un momento pensó que estaba su madre junto a su almohada. Un llanto agonizante escapó de sus labios:

—¡Mamá!

—¡Sean mis pecados perdonados! ¡Háblame otra vez!
— dijo una voz detrás de ella. Puro levantó su febril cabeza. Era Rashid. Chilló y cayó inconsciente en su charpoy. Había soñado que estaba en una cueva. Un oso negro estaba peinando sus cabellos con las garras. Ella había encogido, mientras que el oso era más y más grande. El oso la tomó en su abrazo greñudo...

Puro abrió los ojos y se quedó con la mirada perdida en el techo. Alguien estaba masajeando las plantas de sus pies. Él presionaba sus hombros suavemente y con sus manos vertía agua en sus labios. Puso una cucharita de ghee caliente mezclado con gur en su boca. Tomó un sorbo y escupió el resto.

Se sentó en el charpoy.

—¿Dónde estoy?

—Estás conmigo —Fue su simple respuesta. Se sentó en una banqueta de madera frente a ella. Bajó sus ojos; no tenía coraje para mirar a Puro a la cara.

—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó Puro con valentía.

—Te lo diré en otro momento —respondió y salió de la habitación dejando la puerta entornada.

Puro vio un pequeño patio que llevaba a otra habitación



Ese hombre

La mujer es el mayor contrabandista del mundo. Un hombre podría contrabandear opio y hachís. O mejor, oro. O los secretos de un gobierno. Eso es todo. Nada más. Pero una mujer puede pasar de contrabando la existencia completa de un hombre. Mientras pueda, ella lo trae de contrabando y lo oculta en lo profundo de su vientre. Cuando no puede, ella confiesa que no puede y muestra que no puede. Y eso sin sentir vergüenza. Con gran orgullo. Por tanto, puede considerar el arte del contrabando como su profesión, no como un mero derecho. Después de todo, está obligada a perpetuar a la raza humana.

Así pues, para obligar a mi padre, mi madre le pidió a Dios que le otorgara un hijo. Al principio ella fue a los médicos locales, luego a los faquires de remedios a base de hierbas; luego a las mujeres del vudú y tabú; incluso a las tumbas de los santos que aún tenían el poder de realizar milagros; al templo dedicado a Shiva, el Señor de la Procreación. Tan frenética estaba, de hecho, que llevó a Dios a la desesperación hasta que le concedió su deseo.

Y llevándolo a ser realmente miserable, ella tenía su propia manera de llegar a un trato incluso con Él. Si le daba un hijo, ella ofrecería el fruto de su vientre en el altar del mismo templo, para servirlo a Él y a su gran causa.

Una ganga extraña. Entonces Dios estaría obligado por ella. “Mira lo que te ofrezco para servirte. La gente trae un puñado de harina; u ofrece melaza, arroz y coco; o por lo menos dedica una losa de mármol en el umbral o sobre la pared del templo; o una hoja dorada en la pagoda. Pero mira, iofrezco un niño vivo para que preste el servicio que le pidas!”

Y, por otro lado, ella también puso a mi padre bajo otro tipo de obligación hacia ella. “Mira qué pruebas tuve que pasar. Pero finalmente logré perpetuar tu nombre, no permití que tu semilla muriera. E incluso si este hijo tuyo no cultiva tu tierra, y no es un apoyo para ti en tu vejez, todavía tendrás el placer de deleitar tus ojos en él y encontrar en él algún consuelo. Los hijos mundanos solo se pueden ver, pero las personas recorrerán distancias para rendir homenaje a una ofrenda infantil”.

Así que la madre a menudo viene a rendirle homenaje; el padre viene solo las noches de luna llena o en un día de fies-

ta. Tal vez por la sencilla razón de que la madre tuvo que pasar tanto y hacerse cargo de un acontecimiento de tal importancia. Aquí estoy, con veinte años, la expresión de la larga lucha de mi madre.

No lo recuerdo todo. Cuarenta días después de mi nacimiento cuando ella me envolvió en una tela de azafrán y me presentó como su ofrenda. Me pregunto si lloré al contacto de los pies fríos del santo Shiva debajo de mi cuerpo tierno. Lo que sé es que mi madre me cubrió con azafrán desde el principio.

El sumo sacerdote del templo, Mahant Kirpa Sagar, tocó mi frente con los pies del ídolo y me puso de nuevo en su regazo.

—Este niño es en lo sucesivo el hijo de Shiva; Parvati es su madre y tú simplemente su nodriza. Durante un año debes prestar este servicio como ama de leche. Cuando termine el año, se te ordena que nos lo devuelvas.

Entonces por un año me dieron como una deuda. No sé si aprendí a llamar a madre con algún nombre durante este año o no. Tal vez no lo hice, ya que mis labios no parecen estar familiarizados con ningún nombre para ella.

Me imagino que debí haberme arrastrado en mi primer cumpleaños con mi envoltorio de azafrán hacia las flores a los pies del ídolo en el templo, recogí una y me la puse en la boca. No aceptando el sabor, ciertamente debí de llorar. El viejo sirviente del templo, Sai Mangat Ram, me dice que los pétalos de las flores se habían pegado a mi paladar cuando me encontraron tumbado sin aliento. Sacó los pétalos de mi boca con los dedos, y luego para tranquilizarme, Mahant con sus propias manos puso un poco de leche en un recipiente, le añadió algo de azúcar y me hizo participar de la ofrenda al ídolo.

Tal vez busqué durante días con la mirada maravillada ante los rostros de la gente a mi alrededor a Sai Mangat Ram, a Gobind Sadhu, a Mahant Kirpa Sagar, a Shiva y a Parvati, y las caras de los devotos que visitaban el templo cada día. No recuerdo nada. Solo que todas las caras me resultan familiares desde el comienzo de mi vida.

Hay una cueva en el templo. Dicen que la boca del pasaje está en el valle de Kangra, y que este se extiende hasta la cima del monte Kailash. Pero nadie ha recorrido todo el camino a través

de este laberinto de cueva. O si alguna vez alguien lo hizo debió de ser hace años. Recorre cientos de millas. Pero esto es solo un rumor. Uno solo ve el final de esta historia comenzando en la boca de la cueva; nadie sabe nada sobre el otro extremo. Sé que nunca lo sabré tampoco, pero, en parte, parece que viajo de esta manera interminable, algunas millas todos los días. Parece que no llego a ningún lado. Simplemente sigo y sigo. Está oscuro en su boca redondeada; la oscuridad se intensifica a medida que avanzas en el interior.

La palabra “Madre” a la que recurro, con permiso, es solo para contar mi historia; no tengo ninguna relación con ella. Cientos de mujeres venían al templo, ella era una. Pude haber tenido apego sentimental solo con “esa mujer”. Y sin embargo, me referiría a ella como “esa mujer”, no como “Madre”. La palabra me parece una broma cruel, en su relación conmigo sin duda, tal vez para ella fue igual. El de ella es exactamente el caso de la pobre Parvati.

A menudo, por la noche, me alejo de esa parte del templo donde dormimos hasta el lugar donde se encuentran las estatuas de tamaño natural de Shiva y Parvati. Para mí, ambos parecen ser las formas de un campesino anciano y una mujer de mediana edad envueltos en ferviente oración —por el don de un hijo— exactamente como una vez que mi padre y mi madre debieron orar fervientemente a Dios por concederles su bendición.

Me paro frente a las dos estatuas del templo y les pregunto sonriente:

—¿Quieres un hijo? Lo quieres, ¿verdad? En este momento, me ofrezco como donativo para ti.

Las estatuas parecen ser dos mendigos; y yo, la limosna ofrecida.

No, ni siquiera el objeto ofrecido como limosna; yo soy solo el cuenco del mendigo. Algún color, gusto, olor debe ir con el objeto; y más que nada, saciedad. No tengo nada de todo eso en mí. Soy simplemente un recipiente. Para llevar cosas. Los contenidos son la satisfacción que debe llegar al hombre al que me refiero como “Padre”; o a la mujer que me refiero como “Madre”; o a Shiva o Parvati que han difundido la fama de su gracia a lo largo y ancho, como se les conceden hijos que vienen con

tanto anhelo a las puertas de sus templos.

Creo que Mahant Kirpa Sagar es realmente una persona con visión de futuro, ya que en mi nacimiento él calculó el estado mental que en mis años más maduros debía alcanzar. En consecuencia, en una noche de luna llena me bautizó como Kirpa Pattar, que significaba alguien que merece amabilidad.

Kirpa Pattar o Bhikya Pattar —el que depende de las limosnas— significarían lo mismo para mí de todos modos.

En cierto modo, ¿no somos todos criados con limosnas? No solo yo. Sai Mangat Ram también. Y Gobind Sadhu. Y Mahant Kirpa Sagar nada menos. Nadie tiene que sostener las palmas para limosnas; sin embargo, ¿no todos piden que se pongan de pie? A veces con la fuerza de sus propios pies, otras veces con la fuerza de otros mucho más fuertes, como los de Shiva y Parvati. Cualquiera cosa que los devotos tengan para dar, lo colocan a los pies de Shiva y Parvati. Algunos a los pies de Mahant también; algunos a los de Gobind Sadhu y pocos y muy lejos de los de Mangat Ram. Mis pies solo se agregan a los suyos. Todos, por así decirlo, nos quitamos el trabajo de las manos.

Pero la idea de Bhikya Pattar es solo para mí. No puedo decir por qué. Shiva y Parvati, por supuesto, permanecen mudos; de Mahant no he oído nada sobre esto; Gobind Sadhu es tonto, que él exprese sus sentimientos es algo que obviamente no pasa. Pero no he sido capaz de sonsacar de la expresión de su rostro que tome algo como limosna. Por el contrario, si no obtiene su parte del precioso sorbete de almendras, mira con dureza a todos; Sai Mangat Ram por naturaleza no se preocupa, si le das pan del grano más grueso, lo comería como si fuera un manjar de coco. Solo algo se atasca en mi garganta. Con cada bocado siento la constricción.

Nuestra orden tiene solo cuatro pequeñas casetas; una para Mahant; una para mí; una para que compartan Gobind Sadhu y Mangat Ram; y una para sadhus o faquires invitados. Sin embargo, pasar la mopa y barrer todo esto es el trabajo de Mangat Ram. El templo está alejado de estas casetas. Subiendo la ladera, a lo largo de un camino pedregoso por ella. Un arroyo fluye al pie del templo. La limpieza de la plataforma hasta este canal es también responsabilidad de Mangat Ram —originalmente de

Gobind Sadhu—. El suelo y la limpieza general del templo son míos. Antes de llegar yo aquí, Mahant se había asignado esa tarea a él mismo. Aparentemente, al estar asociado con ese tipo de tareas, lavamos y lavamos la misma palabra “limosna” para limpiarnos a nosotros mismos. Por todos, me refiero a cada uno de nosotros, excepto a mí.

El templo no está construido de ladrillos y piedra, sino que ha sido tallado en una roca maciza. La parte superior de la roca es como un techo; la inferior, como un piso. Las estatuas tampoco han sido traídas de otros lugares y consagradas aquí; han sido cinceladas finamente desde la pieza central de la roca en las formas que tienen. Y el arroyuelo que fluye brota de la parte posterior de la colina de tal manera que parte del agua se filtra y cae gota a gota sobre ellos. Así que están siempre limpios. Pero con el constante goteo-gota-goteo, una capa bastante resbaladiza de algo similar al musgo se asienta sobre ellos. Eso implica el ejercicio diario de frotar con un material grueso y áspero. Si me frotara con cualquier pensamiento grosero la palabra “limosna” que sigue cayendo, gota a gota, día y noche, en mi espalda, todavía tendría una capa resbaladiza parecida a musgo que se posa en mí. Todos los días, de hecho, parece crecer en mí.

No tengo ninguna queja contra Mahant Kirpa Sagar. Él me crió, me tuteló y me enseñó de las “ganancias” de las limosnas que le traje. Si tengo alguna, es porque él es “sagar”; es decir, un “océano”; y yo, porque soy “pattar” —un simple recipiente.

Y no es una simple queja que tengo; tengo un odio intenso.

Tan intenso como el odio que tengo por la mujer que llamo “Madre”, con la mujer que es, que dio a luz a este “pattar”. Este odio me ha abrumado tanto que cada vez que ella llega al templo, encuentro una excusa u otra para escabullirme a una parte u otra del área circundante. Si ella se cruza en mi camino, deshace el nudo en su velo para sacar las nueces peladas que me lleva a la boca. Pero en el momento en que ella me da la espalda, escupo el bocado. Y cualquier hombre llamado “padre” por mí se erige como centinela para la gloria de su raza.

Las mejillas rojas y abultadas de Kirpa Sagar parecen ser llagas irritadas que esperan ser cuidadas con cataplasmas.

Cuando madre entra suavemente, casi de puntillas, me gol-

pea como un gato a punto de saltar sobre la garganta de una rata para estrangularlo.

Padre, flaco y larguirucho, camina débilmente apoyando la cabeza sobre sus hombros como un espantapájaros en medio de un campo. Y me muero del susto como un gorrión o un cuervo.

Esta no es una vista normal con una visión normal. Sé que tengo manchas rojas de odio en los ojos.

Pero cuando Gobind Sadhu golpea y muele hachís y lo bebe, también le salen manchas rojas en los ojos. Y cuando me mira con esos ojos rojos, ¿me parezco, me pregunto, a él como un joven de veinte años o como una mujer de la misma edad?

Un día, tres o cuatro años atrás, Gobind Sadhu se sentó masajeando sus piernas como de calabaza serpiente con aceite de almendras cuando de repente se detuvo y agarró mi brazo, y comenzó a masajear mi espalda y piernas con el mismo aceite de almendras. Detesto gatos, perros, todos los animales. De hecho, sus largas y huesudas manos eran como las patas de un perro sobre mí. Y cuando traté de liberarme, arrojó todo el peso de su cuerpo sobre mí, me tiró de espaldas sobre una losa y se deshizo de su taparrabos. Grité con todas mis fuerzas, con toda la fuerza que tenía en mí, Mahant Kirpa Sagar llegó corriendo al escuchar mis gritos. Levantó la mano de mortero que yacía allí y atacó a Gobind Sadhu como si hubiera decidido machacarlo como una pasta. Desde entonces Gobind Sadhu no ha vuelto a dirigirme la palabra. Tanto que si yo estaba leyendo debajo de un árbol, se desviaba para buscar otro lugar donde asentarse. Pero puedo decir incluso ahora que cada vez que se emborracha con su hachís en su estera y las vetas rojas le llegan a los ojos, él me mira torcidamente, de arriba a abajo como si yo fuera una joven de veinte años.

Pero no lo odio porque me golpee como a un chucho sarnoso. Uno puede escabullirse lejos de un chucho; uno puede desarrollar una sensación de repulsión por un chucho; pero la repulsión no equivale al odio.

Del mismo modo, Sai Mangat Ram, que me parece un toro castrado del que ninguna vaca debe temer ningún peligro, no lo odio ni le temo en absoluto.

Los personajes que realmente odio son aquellos que vagan

con sus ofrendas; o bien, con un cuenco de mendigo, como yo.

.....

Odio, odio, odio...

Una bandada de pájaros acaba de pasar volando. Tal vez Sai Mangat Ram había extendido arroz y lentejas en el terreno cerca del muro. Los gorriones habían confundido los granos con alpiste y Sai o Gobind Sadhu había tocado las campanas del mazo (cuenco tibetano) y los habían espantado. Se escuchó algún tipo de sonido. ¡Y entonces fue cuando la bandada revoloteó sobre mi cabeza como si estuviera gritando en un coro colérico, “odio, odio, odio”!

Esta quizás es una palabra demasiado grande. Demasiado grande para caber en los picos de gorrión. Pero lo repitieron, tanto como pudieron de todos modos con sus pequeños picos.

El sonido de la campana de Nath se escucha desde antes de ayer en nuestra habitación. Este Sadhu generalmente viene una o dos veces al año y durante el período de su estancia organiza orgías regularmente de hachís. Era muy pequeño cuando solía sentarme en su regazo; no, no me sentaba, literalmente me apretaba en su regazo y me preguntaba: “¿Conoces la dinastía de los Yogis Nath? Ahora, si cuentas todos sus nombres sin tartamudear, te daré cardamomo y dulces”.

No por la tentación de cardamomo y dulces, sino ansioso por ser liberado de su extraño abrazo, recitaba rápidamente los nueve nombres: Adi Nath, Machandra Nath, Uday Nath, Santokh Nath, Kanthar Nath, Satya Nath, Achamb Nath, Chowranghi Nath y Gorakh Nath. Y cuando estaba a punto de conseguir las cosas prometidas de un atado al final de su vestimenta, saltaba y gritaba: “¡Y tu nombre, Campana de Nath!”. Sabía que su nombre era “Sheel Baba”. Pero debido a que siempre andaba con la mano del mortero en su mano, lo llamé “Campana de Nath”.

—Largo de aquí —me gritaba y comenzaba a anudar con fuerza los cardamomos y los trozos de caramelo. De repente, él se lanzaba hacia delante para hacer que volviera a él. Pero en ese breve momento, me las arreglaba para irme corriendo.

No sé exactamente por qué, pero hoy parece que él me atraerá nuevamente a su regazo y me preguntará los nombres

de los yogis. Después de que diga mi rutina, tengo la intención de decir: “Y tu nombre no lo sé, pero el mío que sé es Mendigo Nath”. ¿Qué mayor broma puedo hacer a mi costa que eso?

“Sidh makkar dhwaj” es una medicina herbal que solo un yogui puede componer. Y de los yoguis, solo Sheel Baba conoce la receta. El año pasado hizo algunas para Mahant. Después de tomarlo, no tuvo dolor artrítico el resto del año. Por tanto, él debe hacer más. Y a petición de Mahant, me impartió el secreto: ocho gramos de oro, dos libras de mercurio, cuatro libras de azufre refinado. Los tres ingredientes se deben moler con el jugo de flores de algodón rojo y la pulpa de semillas de gheekwar. Esta mezcla debe colocarse en un recipiente de vidrio templado con la tapa atada alrededor del borde con pasta de tierra dura, siete capas de tela, cada una con una capa de tierra de batán, se debe secar y envolver alrededor del recipiente y luego se debe colocar en una maceta de barro, bien apretada por todos lados con arena fina. Finalmente, esto debe mantenerse en un fuego lento, constante, de estiércol de vaca durante cuatro días y noches. El polvo rojizo que debería depositarse después en la boca del contenedor será el pobre “makkar dhwaj”.

Diciéndome esta prescripción, Sheel Baba me pellizó las orejas y me advirtió:

—Y que ningún charlatán administre esto preparado a medias. Si el mercurio no está bien cocido, los huesos del paciente comenzarán a desmoronarse y a derretirse.

Me abstuve de decir lo que pensaba, pero casi le escupí:

—Sheel Baba, “bhikya” también es como mercurio crudo. Los huesos de alguien que vive de la limosna también pueden derretirse.

Mercurio está mitológicamente asociado con Shiva. ¿Qué pasa con las limosnas? ¿Y Madre? ¿Y por qué no?

Esa Madre mía vino de nuevo hoy. Sigilosamente caminó hasta mi cabaña. Cada vez que se cuele de esa manera, me recuerda a un gato. Eso es lo que pensé todo el día de ayer. Durante todo el día hubo gran conmoción por toda nuestra habitación, simplemente para atrapar a un gato callejero. Una bandeja de leche había sido puesta en la puerta de una de las chozas, de modo que cuando estaba a punto de lamerla, Sai Mangat Ram,

que había tomado posición detrás de la puerta, cerró la puerta de un golpe. La criatura estaba atrapada. Pero cuando intentó atraparla entrando por la puerta comunicante de la cabaña adyacente, se arrojó contra la ventana con tanta prontitud y fuerza que el cerrojo oxidado cedió y saltó directamente. Como tres sadhus de la orden la perseguían, al anochecer la habían atrapado. Y hoy, al finalmente matarla, uno de sus huesos se está convirtiendo en una pasta con una mezcla de tres microorganismos en partes iguales.

Hace unos días, Gobind Sadhu contrajo una llaga. Sheel Baba dice que es una úlcera y para esto, dicen, la cura segura es una aplicación de pasta de hueso de gato.

Toda la noche anterior soñé que seguía persiguiendo a un gato, aunque el día anterior me había unido al grupo; pero en el sueño fui tras uno, arriba y abajo del terreno rocoso. Lo extraño es que el objeto que corría delante de mí a veces era un gato y, a veces, se transformaba en mi madre...

No sé qué es una úlcera, cómo sigue saliendo el pus o por qué los espasmos de dolor se disparan, pero hay un dolor en mis huesos, en cada uno de mis huesos; en cada una de mis articulaciones; en cada uno de mis pensamientos...

Y un pensamiento espantoso cruza rápidamente, si aplico la pomada a cualquiera de las costillas o huesos de mi madre, o al dolor en mi mente...

Según Manu, el antiguo dador de leyes, hay veintiún infiernos; de acuerdo con Brahma Vyavārtha, ochenta y seis; cualquiera que sea el número, uno de estos debe incluir mi estado mental actual.

.....

Gobind Sadhu se ha curado con los medicamentos de Sheel Baba. Las campanas de su mortero repican hoy alegremente, moliendo hachís en su mortero de piedra. Se sienta golpeando como loco, su jerga de mudo sonando para mantener el tiempo con las campanas de mortero: “¡Sigue moliendo alegremente! ¡Continúa moliendo locamente!” Este encantamiento que le enseñó Sai Mangat Ram lleva a la fonética de su mudo “gai-gai-gai” como acordes.

No puedo decir si esta rigidez sobre mí se debe al frío o al olor a hachís. De repente, me invade un escalofrío. Pero sufro ataques de temblores frecuentes, incluso cuando estoy bajo el sol metido en mi colcha.

Era muy pequeño cuando un día, un compañero de clase, Roolia, me llevó directamente de la escuela a su casa. Ahora yo era el que debía ser respetado. Por eso su madre sacó una banqueta y extendió una alfombra de oración para que me sentara. Entonces, como alguien diferente a todos los demás en el suelo, ¡aquí estaba yo elevado!

Ella no sacó un taburete para Roolia; por el contrario, mientras ella seguía regañando, continuó tirando de él del brazo hacia ella misma.

—Tonto, ¿por qué te has manchado la cara con tinta?
— Luego, con una esquina del velo, ella le frotó la cara. La tinta no saldría con el extremo seco, por lo que lo mojó con la lengua y volvió a frotar la parte irregular de la cara.

Roolia se soltó el brazo. Dejando la mochila en algún lado, tenía demasiada prisa para acompañarme. Pero su madre se enojó de nuevo.

—¿A dónde vas a ir, hambriento y sediento? Siéntate como deberías, iniño del diablo! —En la misma exhalación ella era dulce y dijo— ¡No echas a un visitante que traigas con hambre, bicho estúpido! Haré chapatis calientes; puedes comer algo tú mismo y hacer que tu amigo coma algo también —Y ofreciendo este consejo a Roolia, le plantó un beso en su frente.

No como una mujer, como una regañona besa una frente, ella le plantó un beso en la suya.

El humo del fuego de leña ardiente del brasero llenaba el patio. Cuando Roolia arrojó su bolsa, un libro cayó muy lejos y su hermano menor durmiendo cerca en una cuna baja, de repente rompió a llorar. Quizás las moscas en su rostro zumbaban demasiado ferozmente. La madre de Roolia abanicó el brasero con una mano, con la otra levantó el libro del suelo, presionó sus labios sobre él, se tocó la frente con él y lo guardó en la bolsa. Esa mano libre agitó las moscas en la cara del niño. Si el Dios Shiva tenía tres ojos, ella seguramente tendría tantas manos.

Era una casa sucia y oscura. Pero del crujido de la leña, el

zumbido de las moscas y las regañinas administradas a Roolia —Cuando la limpieza con saliva de la cara de Roolia— me llegó una especie de calidez: una sensación acogedora...

Nunca he vuelto a casa de Roolia otra vez. Pero a veces, sentado o dormido, un escalofrío se apodera de mí. No puedo decir por qué, pero ese incidente de mi infancia me viene a la mente.

.....

Anoche celebramos el aniversario del nacimiento del Dios Shiva. Madre tal vez estaba ayunando. Ella había llamado a Kirpa Sagar para la “puja”. Escuché que ella le había suplicado que me trajera también, seguramente en el momento de la oración...

Para evitar esa hora, me perdí en la parte del bosque a la espalda del templo, de modo que si intentaban buscarme, el tiempo para la “puja” se pasaría de todas formas.

Supe luego que lloró durante la “puja”.

Hoy, Sai Mangat Ram repitió su comentario: “En lugar de sangre caliente, este chico tiene agua fría en las venas”.

Me alegré mucho al escuchar esto. Supongo que ella dijo lo correcto. En el Padama Purana hay una parábola en la que cuando Mankan Rishi se fue para meditar en soledad, a excepción de las hojas no podía comer nada. Así que durante años vivió de las hojas. Y en lugar del rojo habitual, su torrente sanguíneo se volvió verde hoja. Cuando por pura arrogancia, Mankan Rishi mencionó a Shiva lo que le sucedía, para enseñarle una lección de humildad el Señor le reveló que, en lugar de sangre, sus venas eran cenizas. Ahora bien, si Mankan Rishi pudo tener hojas verdes en su sangre y Shiva cenizas, ¿por qué yo no podría tener agua fría? Después de todo, desde el nacimiento hasta ahora, solo he bebido agua fría del arroyo que corre al pie del templo.

Me sentí otra vez contento. No sé exactamente qué es la risa, pero lo que experimenté fue tal vez solo eso.

Estaba de pie al lado de la estatua de Shiva. Era la hora de oración. La mano de alguien cruzó el umbral del templo, repiqueteó al menos una vez la pesada campana de hierro sobre su cabeza. El sonido de la campana chocó con las oraciones que se cantaban. Fue un sonido pesado, por eso fue todo. Solo los



(1919 Gujranwala — 2005 Delhi, India) es considerada la primera mujer poeta, novelista y ensayista panyabí, que es igualmente amada en ambos lados de la frontera entre India y Pakistán.

En prosa y versos simples siempre delicados y creativos, expresó la intensidad de la división de la India por parte de la administración colonial en 1947, cuando millones fueron desarraigados, con derramamiento de sangre y tragedia a ambos lados de la nueva frontera.

Su obra dio a conocer la difícil situación de las mujeres panyabíes, que habían tejido su sufrimiento en un ambiente conservador en canciones populares, cantado suavemente tras voluminosos velos y en la intimidad de las cocinas a las que estaban condenadas perpetuamente.

En la novela “El esqueleto”, describe la tragedia política y humana que subsistió al Panyab en los meses de disturbios sectarios que precedieron a la división del subcontinente en un Pakistán musulmán y una India ampliamente laica, pero predominantemente hindú. Pritam se centró en las vidas de mujeres jóvenes musulmanas, sij e hindúes que se convirtieron en víctimas de secuestro, violación y otras miserias indecibles durante la furia del caos y los asesinatos sin sentido, relato que se convirtió en una película exitosa en 2003 dirigida por Chandra Prakash Dwivedi y protagonizada por Urmila Matondkar.



Ganadora del **Premio Jnanpith**
el más prestigioso galardón de
la India



Distinta Tinta

